

EL CORREO DE LA MODA.

DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 24 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 JUNIO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con paletot para niño.—Vestido á la inglesa para niño.—Botitas y zapatos para niños y niñas.—Medias caladas para niñas.—Camisas, pantalones y cuerpos interiores para niños y niñas.—Corse y enaguas para niñas.—Cuellos y puños para niños.—Baberos bordados.—Manteletas para señora.—Vestidos de verano para señora.—Corbata de seda y encaje.—Corbata de gasa y tul.—Lecho colgado para niño.—Mantel de cañamazo Java para el té.—

Dibujos de Tapicería para zapatillas y almohadones.—Entredós y puntillas de crochet y cinta.—Neceser de costura.—Bolsa para el calzado.—Encaje de palillos para pañuelo.—Cenefa para sillerías y portiers.—LITERATURA: El Olvido, poesía, por Rafael Ginard de la Rosa.—La plegaria, por María Antonia G. de A.—El Bálsamo de las penas, por Ángela Grassi.—Economía doméstica, por Emilia.—Correspondencia.—Explicación del figurin 1.318.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

2 Á 6. CALZADO PARA NIÑOS.

El núm. 2 muestra un zapato de cabrito fino, abotonado, para niña, cortada la pala en patas ú orejuelas, cada una con su hebilla en el centro y abotonada del costado.

Los núms. 3 y 4 muestran zapatos de charol ó



5. Bota para niño.



2. Zapato para niña.



1. Galón para el babero núm. 19.



3 y 4. Zapatos para niña.



4 y 5. Medias caladas para niñas. (Véase el núm. 10.)



6. Bota para niña.



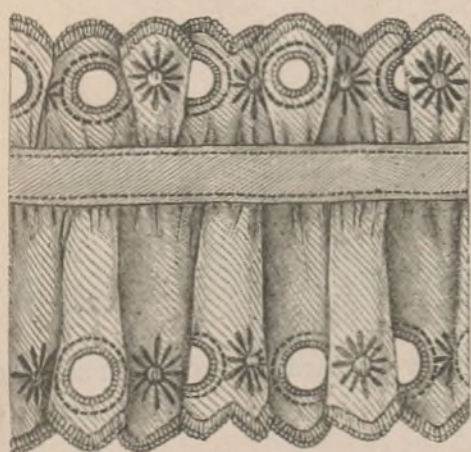
11. Vestido con paletot para niño. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. V, figs. 15 á 18.) Patron del paletot, núm. VI, figs. 19 á 24.)

de piqué, el primero adornado como el anterior, y el segundo cerrado por elástico y con botones de nácar.

Los núms. 5 y 6 presentan botas; la primera de granillo, pespunteada la pala de seda blanca, y la segunda cerrada por delante con trencilla que se sujeta con botones de metal, en vez de ojetes, y se completa con borlas.

7 Á 10. MEDIAS CALADAS.

Estos números presentan los tres tamaños posibles en medias, que son: media larga, media de tamaño común y calcetín. De los tres tamaños las gastan los niños, aunque el calcetín sea el más admitido para verano. Todas se principian por cenefa calada que se vuelve hacia el derecho del tejido, cogiendo juntos los puntos de la primera vuelta con los de la aguja para formar una jare-



13. Cenefa para delantales de niñas.



15. Lecho colgado para niño.



10. Dibujo para la media núm. 8.

Las vueltas 6.^a, 7.^a y 8.^a comienzan por 3, 4 y 5 lisos, y en el resto de ella se ejecutan como la 5.^a. Se repite desde la primera vuelta.

hacen unas cuantas lisas, otras como la primera, otras dos lisas y se comienza el calado en esta forma:

1.^a vuelta.—*4 lis., un meng., una trab.,* y se repite hasta el fin de la vuelta.

2.^a—3 lis.,* un meng., una trab., 4 lis.,* y se repite de señal á señal.

3.^a—2 lis., y como la anterior, de señal á señal.

4.^a—Una lis., y como la segunda, de señal á señal.

5.^a—2 lis.,* una trab., un meng. cruzado (esta vez la trabilla se reúne al punto siguiente), 4 lis.*

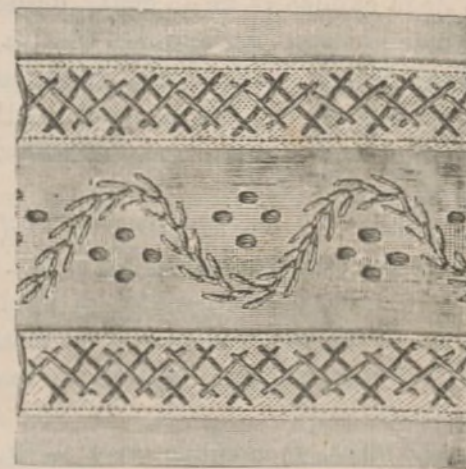


12. Vestido á la inglesa para niño. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. V, figs. 15 á 18.)

11 Y 12. VESTIDO CON PALETOT PARA NIÑO.

(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núm. V, figs. 15 á 18, y núm. VI, figs. 19 á 24.)

Este vestido, escotado en cuadro, puede hacerse como el paletot, en cachemir



14. Cenefa para delantales de niños.

azul claro con bieses orillados de seda, ó reemplazar estas orillas por puntillas blancas, mucho más si el vestido se hace en piqué ó cretona. El número 11 ofrece el vestido por delante con su paletot, cerrando éste á la izquierda, y adornando el vestido plaston con bieses y carrera de botones á cada lado: por detrás las tres tablas que muestra el modelo llevan su biés así como el escote. Las tiras para el echarpe tienen 70 centímetros de largo por 17 de ancho.

13 Y 14. CENEFAS PARA DELANTALES.

La primera, bordada á la inglesa; lleva separada la cabeza por un biés, y la segunda es un entredós bordado con color á punto ruso: ámbos corresponden á los delanteros 9 y 10 de EL CORREO anterior.

15. LECHO COLGADO PARA NIÑO.

Esta cama de nogal tiene 112 cents. de largo por 58 de ancho, y las barandillas de barrastorneadas, llevan por dentro plegados de cretona clavados con puntas de tapicero, y correspondientes á las colgaduras: dos colchones con traspuntines, edredon y almohada de pluma y dos mantas, una de muleton y otra entretelada, forman el completo de la cama, á la que falta sólo la ropa blanca más ó menos rica. Las cortinas, de 132 cents. de largo por 172 de ancho, se juntan con jareta por arriba rizada por cordon, orilladas de plegado con puntilla, y una cenefa bordada ó estampada. La cubierta de la cama es correspondiente á ellas. Lazos de cinta.

18 Y 19. PUNTILLAS DE CROCHET.

Ambas tienen como fundamento la trencilla Cluny y la cinta de encaje: la primera consta de una sola vuelta á cada lado de la puntilla, y la segunda de dos encima de la cinta. Ambas sirven para enaguas, pantalones, baberos, etc.

18. CORSÉS SIN MANGAS PARA NIÑA.

(Patron: en Diciembre último.)

Este corsé se hace en cutí, y su adorno consiste en pespuntos blancos ó de color, y entredoses bordados en blanco ó punto de cruz: por arriba le completa una puntilla.

19 Y 20. BABEROS.

(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XXIII, figs. 84 y 85.)

El babero núm. 19, que se completa con el bordado núm. 1, lleva un encaje de hilo al rededor de los hombros que forman tirantes.

El segundo, núm. 20, lleva al rededor la cenefa bordada á la cruz núm. 39, y la puntilla de crochet número 17: una tira estrecha pespunteada á la máquina, oculta las uniones del entredós y la puntilla.

21 Y 22. PANTALONES PARA NIÑA.

21. *Pantalon con cuerpo.*—(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XX, figs. 71 y 72.) Este pantalon se completa por un cuerpo interior que cierra por detrás, y los bordes se adornan con entredós bordado con color y guarnicion igual.

22. *Pantalon para gimnasia.*—(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XIX, fig. 70.) Este pantalon cierra al costado, y se refuerza la abertura con biés interior, reuniendo las dos mitades del pantalon por las letras correspondientes: un plegado de muselina con puntilla le termina por abajo, y la cintura lleva ojales para fijarle al cuerpo.

23 Á 29. CAMISAS PARA NIÑOS.

23. *Camisa de dormir para niño.*—(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XXII, figs. 80 á 83.) El largo de la camisa es de 45 cents. desde el escote de manga y 50 de anchura, uniendo la camisa por el hombro y añadiéndole una manguilla y frunciéndola del escote á un puño que sujeta igualmente el cuello vuelto: las costuras del costado tienen una abertura de 10 cents. reforzada con nesguilla.

24. *Camisa de dormir para niño.*—(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XXI, figs. 73 á 79.) La línea de puntitos del patron, marca el ancho de la pechera plegada, cerrando por detrás la pechera un jareton abotonado: el hombro y tira del cuello la marca igualmente el patron.

25. *Camisa de dormir para niña.*—(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XVIII, figs. 68 y 69.) El delantero y la espalda se cortan por el patron, y de

60 cents. de largo desde el escote de manga, y despues de hecho el escote se cosen los pliegues de la pechera y se orilla el borde con un biés de 2 cents., al que se pega una puntilla. Una tira interior sostiene los botones, y adorno igual al del escote termina la manga.

26. *Camisa de dormir para niña.* (Patron: el del anterior.) Se corta y dispone como la última explicada, pero más estrecha porque no lleva pliegues, y el escote se adorna, así como la manga, con tira bordada con color, cerrándola en la pechera botones interiores.

27 á 29. *Camisas de vestir para niñas.* (Patron: en el pliego del 18 por el revés, núms. XVI y XVII, figuras 62 á 67.) Estas camisas difieren sólo por el adorno y la manga completa el escote, ménos en la última, que cierra este con una tira bordada. La núm. 27 lleva de manga á manga un canesú bordado, al que se monta el árbol fruncido, más estrecho por detrás que por delante, y el bordado se continúa en la manga, redondeando el escote; y una cinta cosida por dentro le refuerza. La número 28 lleva recogido el vuelo por pliegues en grupos separados con entredoses, y la cartera va cubierta por la misma tira bordada que guarnece el escote y manga.

30 Á 35. CUELLOS Y PUÑOS PARA NIÑOS.

(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núms. VII y VIII, figs. 25 á 32.)

Todos estos cuellos son de tela fina forrados de otra más gruesa, y adornos para ellos se hallarán en los mismos números de EL CORREO.

Los núms. 30 y 31 son cuellos vueltos para niña, que se montan á un puño estrecho, y cuyas puntas se abren á la marinera: una puntilla fina guarnece el uno y pespuntos á la máquina el otro.

Los núms. 32 y 33 son cuello y puño para niña, con cenefa bordada á punto de cruz en tira aparte, que se pega á pespunte con color igual al bordado.

Los núms. 34 y 35 son un cuello alto para niño y puño doble con pespuntos como el cuello.

36. CUERPO INTERIOR PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núm. X, figs. 37 y 38.)

Este modelo, muy cómodo para las niñas, se hace en piqué fino, y por detrás cierra con botones, terminado por abajo con dobladillo y al escote con un biés: puntilla de hilo guarnece el escote y manga, y lleva dobles botones para sujetar el pantalon y enagua.

37 Y 38. ENAGUAS PARA NIÑAS.

37. *Enagua con volante.*—(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núm. XI, figs. 39 y 40.) El volante tiene 21 cents. de ancho por 165 de vuelo, y se cose al borde de la enagua cortado por el patron, cuya pegadura cubre un biés: jaretas y la puntilla de crochet núm. 16 le adornan.

38. *Enagua con volantitos.*—(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XXIV, fig. 86.) Es de cretona, y el delantero se corta en nesga como una falda, segun indica el croquis núm. 86: por arriba se monta en cintura-jareta, y tres volantes al hilo con puntilla, la completan.

40 Á 43. MANTEL PARA TÉ.

(Alfabeto y ángulo: en el pliego del 18.)

Puede hacerse el mantel en tela blanca ó cañamazo-Java, bordándole á punto trenzado, del que ofrecen muestra los núms. 53 y 54, punto ya antiguo, ahora resucitado, y que es una variedad más del vulgar *lomillo*: puede hacerse en todas las telas, y en aquellas en que no se pueden contar hilos, se pone encima un cañamazo, cuyos hilos se sacan luego. Son trazos largos, cortados por otros más cortos, y en nuestro modelo está hecho con algodón azul sobre tela morena: una cenefa azul de un cent. rodea el mantel, á 3 cents. del borde, y sobre ella va, en la esquina, el cuadro que presenta el núm. 42, y las cenefas las ofrece claramente el núm. 40. Un fleco deshilado del mismo mantel le termina.

46 Á 48. CORBATAS.

La primera es una corbata de seda bordada á la cruz, con seda caroubier y guarnecida con un plegado de encaje de palillos, bordado también de color; la segunda es de gasa de linó, adornada con bordados á la cruz y bordados en tul, ejecutados con seda de Argel color crema. El grab. núm. 48, de tamaño natural, muestra una parte de los calados, que se harán del ancho que se quiera.

49 Y 50. DIBUJOS DE TAPICERÍA PARA ALMOHADONES Y ZAPATILLAS.

Es el primero un lindo motivo bordado á la cruz con lana zéfiro y seda de Argel, empleándose esta última para

las rayas de un punto de ancho; el segundo se ejecuta á doble cruz con lana zéfiro de cuatro tonos del mismo color.

51 Y 52. PUNTILLAS Y ENTREDOS DE CROCHET Y TRENCILLA.

Ambas son lindísimas y de ningún trabajo, resultando clarísima su ejecucion en los grabados.

55 Y 56. NECESER DE COSTURA.

Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. IX, figuras 33 á 36.)

El neceser, que se abre extendiéndolo, está provisto de dos bolsillos sobre el fondo y una pata orillada de cinta de 2 cents. Unas y otras se fijan sobre el forro antes de unir la parte de arriba y la de abajo (figs. 33 á 35 del patron), juntando los signos iguales.

La union de estas partes se hace al borde de la solapa (fig. 35) por una costura vuelta, desde donde se fija á la cenefa. Dos tiras de tela doble, de 2 cents. de ancho, pegadas á lo largo por la costura figs. 33 y 34 sobre la tela hasta la solapa, llevan un ojal en cada punta.

Tres botones á la distancia de 3 cents. el uno del otro cierran el neceser. El modelo es de piel forrado de tela gris, orillado de soutache encarnado y bordado á la cruz.

57. BOLSA PARA EL CALZADO.

Esta bolsa es muy cómoda para viaje. El modelo es de tela azul y mide 30 cents. de ancho por 52 de largo. Su adorno consiste en tiras bordadas á la cruz con algodón azul claro y encarnado. Los fuelles, redondeados de abajo, tienen 19 cents. de largo por 4 de ancho, cosidos á punto por encima. Cordones de lana azul, botones y presillas completan su adorno.

58 Y 59. ENCAJE DE PALILLOS PARA PAÑUELOS.

El grab. 58 muestra claramente el modo de hacer las motas de este rico encaje, y en el pliego del 18 por el derecho hallarán nuestras lectoras dos dibujos para picar (figs. 42 y 42^a), con los cuales se ejecutará fácilmente.

60 Y 61. VESTIDO CON TÚNICA.

(Patron de la túnica: pliego del 18 por el revés, número XXVI, fig. 88.)

Ambos grabados la representan por detrás y por delante, siendo distinto el adorno de cada uno. El modelo es de mohair claro guarnecido con plisés de faya de 5, 7 y 3 cents. de altura, bieses de 5 cents. y lazos de cinta. El adorno de la espalda, de aldetas, terminando en lazadas, tiene 7 cents. de ancho en el escote y 12 en el bajo de las mangas; el croquis fig. 88 del pliego da todos los detalles de la túnica. El plaston *a* bajo el cual cierra la túnica con corchetes, se monta, orillado de un plisé, al delantero fruncido *b*, empezando desde la cruz y continuando sobre 90 cents. de altura. La espalda *c* se reduce igualmente de un lado por medio de frunces á 73 cents. de largo, y se pega al delantero por medio de una costura, mientras que del otro lado el adorno monta sobre un largo de 74 cents. De este modo el paño de la espalda, formando triángulo, se completa con un paño (marcado con *b* sobre el croquis) fruncido de arriba. Este último, así como el paño que cae encima, se recoge por un lado en triángulo y se pega á los delanteros.

62. CENEFA PARA SILLERÍAS, PORTIERS Ó VESTIDOS DE VERANO.

(Dibujo para el bordado: pliego del 18 por el derecho, fig. 41.)

Se borda al pasado y punto de contorno, con lana, seda ó algodón, segun el objeto á que se destina, ejecutándolo sobre la misma tela ó en tira separada. Si es para adornar trajes debe bordarse sobre fondo claro con algodón encarnado y azul. La fig. 41 del pliego da la misma cenefa más estrecha.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LITERATURA

EL OLVIDO.

*¡Qué tristes, qué solos
se quedan los muertos!*
BECQUER.

I.

Cuando dejamos la tierra
Nuestra memoria se apaga,
Que en la mente de los vivos
Los muertos bien pronto pasan!...
Desesperacion inmensa,
Un ¡ay! continuo en el alma,
Imprecaciones al cielo
Que tranquilamente irradia;
Después un negro ropaje,
Algunas tiernas plegarias,
Una fúnebre corona,
Visitas tristes al alba
A la tierra do el cadáver
Va penetrando en la nada;
Los parientes, los amigos,
Tristes, sin una palabra
De consuelo, que un sollozo
De amargura los desgarran;
Allí, á la sombra siniestra
De la catástrofe insana,
Padres, hijos, sin aliento
Para quienes todo acaba;
Sombras son todos entonces
Que tras una sombra vagan,
Que interrogan en la noche
A las estrellas de plata
Que en los bosques misteriosos
Ven un pálido fantasma
Que sonríe en el crepúsculo
Que tiernamente les habla;
No hay un rayo de la luna
Que el muerto amor no les traiga,
Ni hay un quejido del viento
Entre las espesas ramas,
Ni un canto del ave triste
En la selva solitaria,
Que no sea amable eco
De aquella voz adorada...
¡Sueños del bien que han perdido,
Del dolor locuras santas!

II.

Y así trascurren las horas,
Así los años se pasan;
Cesa el llanto, queda trémula
En la pupila una lágrima;
Melancólica sonrisa
Ya viene en pos; ya se habla
De la quietud envidiable
De que disfruta aquel alma;
Ya se buscan en la mente
Motivos para llorarla,
Y si el llanto no responde,
Se alega eso que llaman
¡Conformidad! que es tan solo
Del olvido social máscara
Que el horror del pensamiento
Se escuda tras la palabra;
Y al fin, las negras cenizas,
El polvo de ruinas tantas
Como deja en su camino
El que en la tierra lo anda,
Van cubriendo lentamente
Aquella angustia pasada!...
Y si al recordarla un día
Llevan al pecho la palma
Para probar que latido
En el corazón levanta,
¿Qué les dirá el corazón?
¿Qué es lo que le resta al alma?
Un recuerdo cual de un sueño
De alguna noche pasada;
Después años de existencia
Ora en guerra, ora en calma,
Días tal vez de ventura,

Noches de llanto ó de crápula,
Un corazón en que arden
De otros afectos las llamas
O en que todo fuego ha muerto
Al soplo de la desgracia,
Nuevos hijos, nueva esposa,
Nuevo amigo, ó nueva amada!

III.

¡Ay! quitad, quitad del pecho
La investigadora palma
Que en vano un débil latido
Dirá que es aún estancia
De aquel dolor; que la sangre
Que entonces lo envenenara
No es la que en el pecho ahora
Tempestuosa batalla;
Ni mireis en torno vuestro,
Para excitar en el alma
Un sollozo de amargura
Que su aterismo deshaga,
Que las reliquias de entonces
Ya no simbolizan nada....
Una pobre flor marchita
De su funeral guirnalda,
Un retrato que sonríe
Como una estrella lejana,
La cruz de las agonías
Que su postrimer plegaria
Recogió en el muerto lábio,
Un rizo, un guante, una carta;
Todo un mundo de recuerdos,
Todo.... ¡ménos una lágrima!
Y allá.... bajo los cipreses
Una tumba abandonada
Húmeda y ennegrecida
Por el viento y por el agua,
Hierbecillas que susurran
Los tristes cantos del aura
Y flores que en torno crecen
Sin temor de ser pisadas,
Que en torno de los que han muerto
Todos los días que pasan,
El olvido se acrecienta,
La soledad se agiganta....
¡Pobres ruinas de una historia
Há tanto tiempo olvidada....
Ahí estais.... y á nuestra vista
No brota sangre la llaga....
¡Corazón!... ¡inmundo cieno!...
¡Quién del pecho te arrancara!

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

LA PLEGARIA.

(Conclusion.)

Después de esta conversacion empezaron aquellas tres apreciables criaturas á disfrutar mayor tranquilidad de espíritu que la que dadas sus circunstancias podian esperar, y consagrándose á sus respectivas ocupaciones, deslízose rápidamente el tiempo para ellas, pues el tiempo solo se hace pesado para el ocioso.

¡Oh! ¡si supiéramos lo que el tiempo vale, cómo habíamos de desperdiciar ni un instante, ni cómo habíamos de molestarnos nunca su duracion, cuando solo es la vida rápida pendiente por la cual resbalan nuestros pasos, sin serenos posible ganar otra vez el puesto que para siempre dejamos atrás!

El tiempo es tesoro que se escapa de nuestras manos sin poderlo contener; aprovechemos su valor, démosle valor para que no nos recuerde la conciencia por haberlo dejado pasar, sin producir alguna obra meritoria.

Dolores seguía sus visitas á la Virgen, á esa hora en la que todo respira calma, en la que se adormece el mundo material al verse privado de la refulgente mirada del día, en la que el alma se dispone á soñar, para vivir en su esfera y remontarse á los espacios infinitos. Siéntese entonces misterioso deseo de elevar á los cielos ferviente plegaria, para pedir la luz de un nuevo día en esta vida, y la luz de una nueva vida para cuando termine ésta.

Dolores oraba, y sus lágrimas caían á los pies de María, como caen las gotas de rocío en el cáliz de una flor; y lloraba, no solo su reciente desgracia, sino la primera decepcion de su vida, que es la más triste para un corazón acariciado por las confiadas ilusiones de la primera edad; ella habia visto cual cosa inesperada (pues no conocia la falsa marcha de una sociedad materializada y egoísta), que se habian ido retirando la mayor parte de los que se llamaban amigos de sus padres y suyos, quedando el círculo de su amistad reducido felizmente á los que lo

eran verdaderos, esto le fue muy sensible, pues siempre las primeras lecciones de experiencia son dolorosas: solo uno de los muchos jóvenes que rendian homenaje á sus encantos y talento, solo uno fué constante en la desgracia; llamábase Enrique de Santibañez, y era de sentimientos elevados, noble en su proceder y recto en su modo de pensar; así, pues, siguió distinguiendo del mismo modo á la familia de D. Pedro, por lo que solian decirle sus amigos: ten cuidado, no te comprometas con Dolores, mira que solo llevará el dote de sus virtudes y con esto prosperarás poco, y aunque tú eres rico, bueno es que mires por tus intereses. Santibañez contestaba con la calma de una poderosa razon, estas palabras:—Siento ver vuestros corazones marchitos ya, cuando empezais á vivir: no sabeis lo feliz que es el hombre que, desprendiéndose de esa preocupacion de unir solo fortunas, busca un corazón igual al suyo, y el dote de una mujer educada para el bien, que sepa llenar el puesto elevadísimo que debe ocupar en el hogar doméstico. Pero esto no lo sabia la joven, y temia ver alejarse á Santibañez como habia visto á los demas. Dolores, repetimos, buscaba un consuelo en la oracion, y encontrándolo, desahogaba su pecho vertiendo purísimas lágrimas ante el altar de María, que, como amorosa madre, las cambiaba en esperanzas para el corazón de aquella niña. Algunas veces los ruegos de la joven eran en su exaltacion pronunciados á media voz, pero, ¿quién habia de fijarse en ellos, cuando tan poca gente habia en el templo, y cada cual atenderia á su dolor, si era desgraciado, y á su felicidad si era favorecido por la suerte?

Una noche al postrarse Dolores ante el altar de la Virgen, vió un papel en el mismo sitio donde acostumbraba arrodillarse, y creyendo que alguien sentiria su pérdida, lo recogió para mandárselo al siguiente día al que lo hubiera extraviado; mas al llegar á su casa y ver la direccion del sobre que encerraba aquella carta, vió con sorpresa que era para ella. Abrióla, y leyó lo que sigue:

«Señorita: hace tiempo que vuestras cualidades llamaron mi atencion; y no digo vuestra belleza, por parecerme que pudiera molestaros una frase que tanto os habrán repetido, y que yo no pronuncio con los labios, sino con mi corazón.

«Os amé rica, y os amo más hoy que no lo sois; vuestro amor ha llegado á ser para mi alma lo que el oasis en el desierto para el peregrino. He escuchado vuestras oraciones; sé la situacion de vuestros padres, y deseo llamarme su hijo, para tener derecho á elevar el derrumbado edificio de su fortuna.

«Tengo algunos años más que vos; pero sirviéndome esto para apreciar mejor vuestro mérito, espero con mi amor haceros feliz si correspondéis á él. Nunca me atreví á dar este paso, pues temia, como teme el que ama, pero hoy no puedo ménos de darlo, pues miro en él, no sólo el resultado de mi dicha, sino lo que es mucho más, el de la vuestra.

La Virgen os ha oído; y si me amais, puede sonreírnos la más grata felicidad: pensadlo bien, y no olvideis que espera vuestra decision

Enrique de Santibañez.»

Quedó pensativa Dolores; notóse en ella una marcada agitacion, y brillaron sus ojos con el divino fuego de la gratitud.

—Generoso corazón, murmuró; es tan bueno como simpático; jamás pude esperar que me amase: yo, una niña, y hoy casi pobre; él un hombre rico, influyente y considerado en la sociedad. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Virgen María! ¿Qué siente mi alma que jamás habia sentido? ¿Es la sorpresa, la dicha de poder hacer felices á mis padres, es ante todo esto la gratitud, ó es el amor?

—¿Qué es eso, querida mía, dijo entrando su cariñosa madre, que la habia oído frases que no pudo comprender; ¿qué tienes, qué te ocurre?

—Nada, madre mía, nada; ved lo que es; y mostrándole la carta, añadió: vos sois muy buena, y con vuestro cariño y vuestra experiencia me direis lo que debo hacer.

Doña María, que así se llamaba la madre de Dolores, leyó la carta, y con marcada emocion dijo á su hija:

—Yo admiro á este hombre; pocos harian lo que él; pero tu porvenir es para mí lo primero, y si no le amas, yo no puedo consentir, ni tu padre tampoco, que te sacrifiques por nosotros; consulta primero á tu corazón y reflexiona hija mía.

Y aquella madre prudente y estremada, se dispuso á salir de la habitacion de su hija, no sin besarla antes apasionadamente.

Dolores detuvo á su madre diciéndola:

—Venid, yo os necesito siempre y ahora mucho más; decidme si es amor lo que siento por Enrique; vos sabeis madre mía, que no he amado nunca; soy muy joven, y sólo conozco el amor santo de mis padres; pero yo os es-



16. Puntilla de crochet.



19. Babero bordado. (Véase el núm. 1.) (Patron: pliego del 18 por el revés, n.º XXIII, fig. 84.)

Pasó un día, y á la noche siguiente fué Dolores á dar gracias á la Virgen; miró en su derredor, y no viendo á nadie en torno suyo, dijo entre sollozos á la madre de Dios:

—Gracias, señora: yo veo vuestra proteccion en cuanto me pasa, y os daré toda mi vida gracias desde el fondo de mi alma; dadme acierto para hacerle feliz, madre mia, que bien lo merece; yo le amo, sí; yo conozco que mi corazón le pertenece, y estoy orgullosa de su amor y dichosa con el mio.

Siguió Dolores orando, y al retirarse, dióle con extremada cortesía un hombre el agua bendita, y deslizo á su oído estas palabras:

—Gracias, Dolores; todo lo sé: hasta mañana.

Contó Dolores á sus padres lo ocurrido, y al siguiente día presentóse Enrique en casa de D. Pedro pidiendo formalmente la mano de su hija, que le fué concedida, aplazándose el enlace para

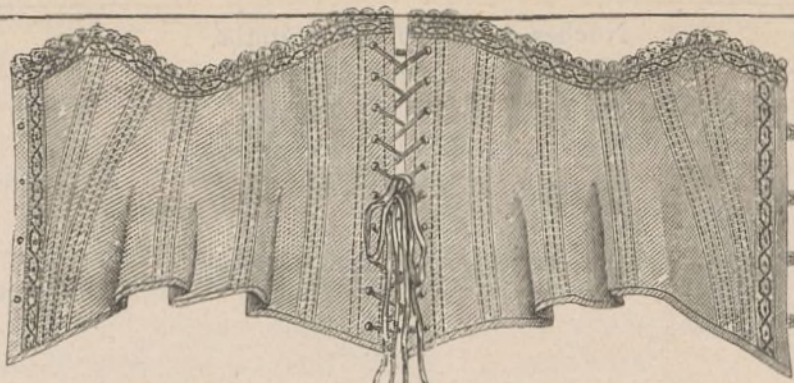
plicaré lo que hay en mi alma. Santibañez me es poderosamente simpático; sus condiciones morales me llenan de admiración; siento la más dulce sorpresa al saber

que me ama; temo verle y lo deseo al mismo tiempo; quisiera manifestarle el lugar que en mi corazón ocupa, y de fijo no podré decirlo cuando trate de hacerlo; esto creo que es el amor; esto debe ser amor, ¿verdad, mi querida madre?

—Sí, hija mia, sí; afortunadamente amas á ese hombre y podremos verte dichosa. Gracias, Dios mio, gracias, dijo Doña María abrazando á su hija y elevando al cielo sus ojos humedecidos por el más dulce llanto: voy á participarte á tu padre lo ocurrido, y mientras guiada tú por tus rectos sentimientos, obra libremente, hija mia.

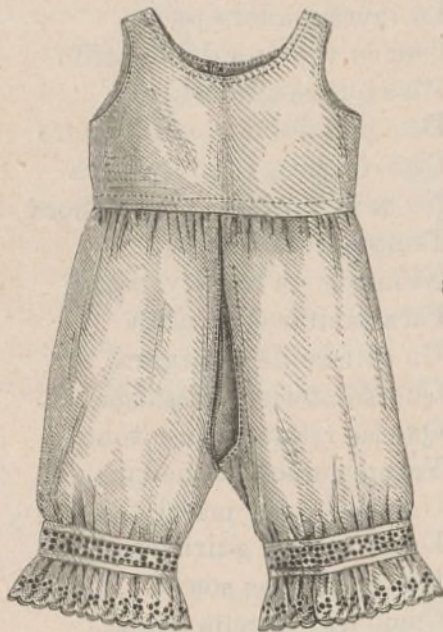


23. Camisa de niño para dormir. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XXII, figs. 80 á 83.)

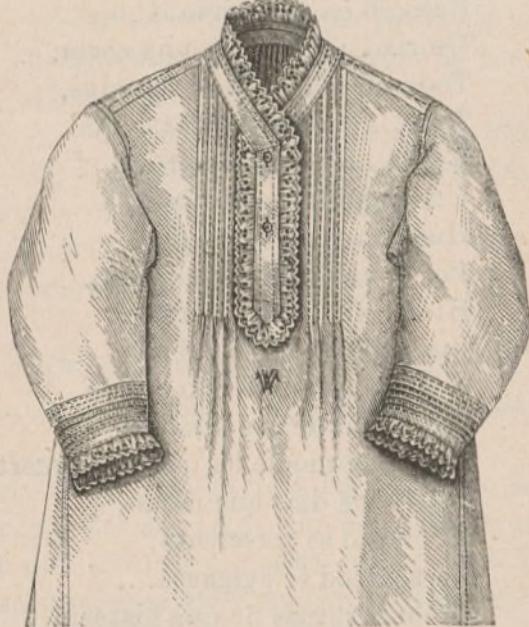


18. Corsé sin nesgas

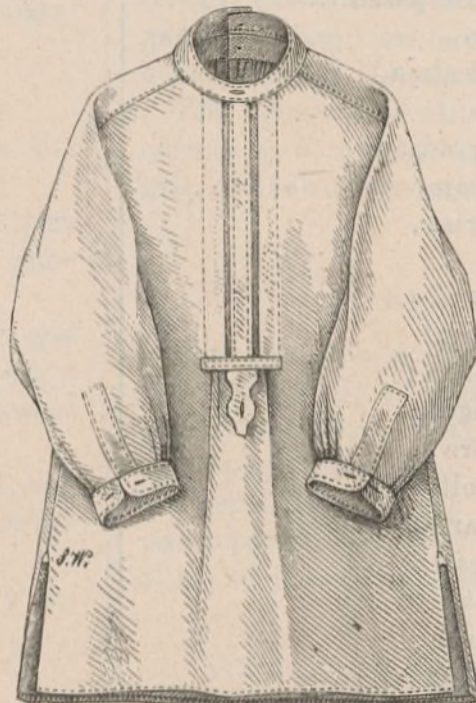
para niña.



21. Pantalón con cuerpo para niña. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XX, figs. 71 y 72.)



25. Camisa de dormir para niña. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XVIII, figs. 68 y 69.)



24. Camisa cerrada por detrás para niño. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XXI, figs. 73 á 79.)



26. Camisa de dormir para niña.



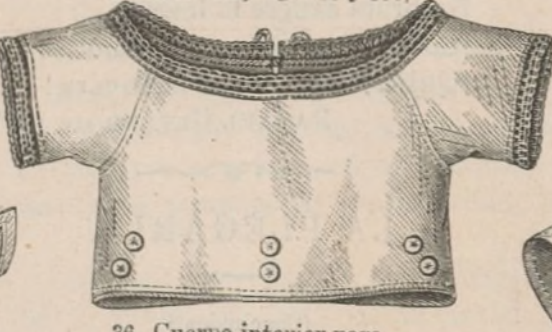
30. Cuello para niña. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VII, fig. 25.)



32. Cuello bordado para niña. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VII, fig. 26.)



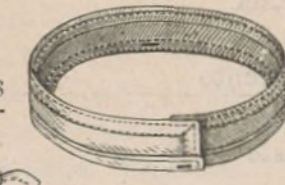
33. Puño para el cuello núm. 32. (Patron: pliego del 18 por el derecho, n.º VII, figs. 27 y 28.)



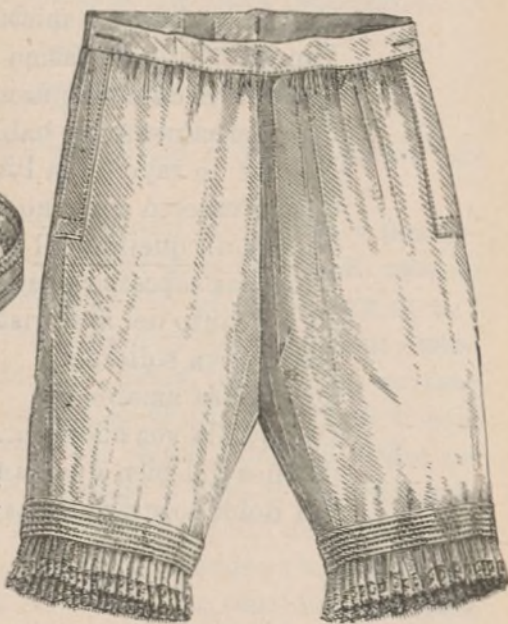
36. Cuerpo interior para niña. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. X, figs. 27 y 38.)



31. Cuello para niño. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, figs. 30 y 34.)



34. Cuello para niño. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, fig. 29.)



22. Pantalón de hacer gimnasia para niña. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XIX, fig. 70.)



27 & 29. Camisas de vestir para niñas. (Patron: pliego del 18 por el revés, núms. XVI y XVII, figs. 62 á 67.)



39. Cenefa para el babero núm. 20.



38. Enagua para niña de 12 años. (Patron: pliego del 18 por el revés, n.º XXIV, fig. 86.)



37. Enagua con puntilla para niña. (Véanse los núms. 17 y 18.) (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. XI, figs. 39 á 40.)

Después de efectuado el enlace, la felicidad más completa irradiaba en la fisonomía de los desposados, notándose en la de Enrique la satisfacción

de su digno proceder unido á las acariciadoras ilusiones de su amor, y en la de Dolores la ruborosa dicha de verse amada por un hombre que tanto valía, y además el placer de hacer venturosa la ancianidad de sus padres.

—Venid, mis queridos padres, ven Enrique, dijo Dolores aislándose por unos momentos de la con-

currencia que los acompañaba á tan solemne acto, vamos á dar los cuatro ahora las gracias debidas á la Virgen, prometiéndola no olvidar que la oracion es el alimento de las almas, pres-
tando al espíritu el bienestar más dulce, más sereno y más divino que se alcanza de Dios por la intercesion de su Madre; que con la oracion he alcanzado yo la dicha que hoy nos rodea, y que del lábio del

cristiano debe brotar la oracion, lo mismo en la adversidad que en la ventura.

Hay dichas sobre la tierra que perderian su encanto al ser pintadas por la mano del hombre; así, pues, la de esta familia que recobraba en un día fortuna, posicion social, porvenir y alegría, no debemos pretender ni siquiera bosquejarla.

Nada tan encantador como el capullo que,

entreabierto, ofrece sus perfumes á la brisa de la tarde; nada más triste que el resultado que obtiene una mano atrevida que sin piedad lo arranca de su gracioso tallo.

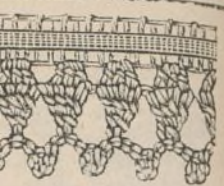
Nada con más atractivos que lo que aparece cubierto por el velo del misterio: levantar este velo es una profanacion hecha al idealismo, pues que las inefables dichas del alma se comprenden, pero no existen palabras suficientes para describirlas.

En el pueblo de A... cuéntase la historia de Dolores recordando su devocion y su caridad como saludable ejemplo. Feliz ella, que supo beber en la fuente de la religion y obtener el premio de su fe, siendo su vida tan dichosa como la del alegre ruiseñor que constantemente entona sus amantes trinos en la espesura de los frondosos bosques.

Justa tambien la Providen-

cia con Santibañez en aquella ocasion, pagó su desinteresado proceder aumentando considerablemente su fortuna por la herencia de un pariente lejano, que por sus poco apreciables condiciones no podia ser muy querido del jóven; y que habiendo vivido en el aislamiento propio del avaro, murió sin familia y sin amigos que pudiesen verter una lágrima sobre su cadáver; dejando cuanto tenía al esposo de Dolores, el cual, siendo del mismo modo de pensar que su jóven esposa, hizo en union de ella muchas obras de beneficencia, ya que tan favorecidos eran por la suerte; no olvidándose nunca de orar ante Maria Dolores, y enseñar iguales prácticas á sus hijos, los que educados en la virtud, aprendieron desde su más tierna infancia á considerar grandiosa la oracion, que en efecto lo es, bajo todas sus fases,

pues sublime en las vastas naves del solitario claustro cuando es elevada entre los acordes del órgano sonoro, no lo es ménos en la pobre choza donde el humilde pastor pone por testigo de su plegaria solo á la naturaleza que sonríe bajo la bóveda azulada de los cielos. Desgarradora en los labios del desgraciado, y dulcemente conmovedora en la rosada boca del niño, es siempre hermo-



de crochet.

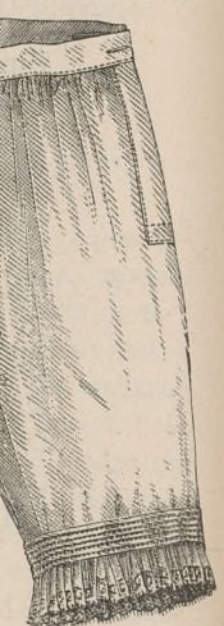


bordado. (Véase el Patron; pliego del 13 revés, núm. XXIII, fig. 85.)

ofrece sus perfu- de la tarde; na- que el resultado una mano atrevi- edad lo arranca o tallo.

más atractivos parece cubierto misterio: levan- una profanacion lismo, pues que dichas del alma i, pero no exis- suficientes para

o de A... cuén- a de Dolores re- evocion y su ca- udable ejemplo. supo beber en la ligion y obtener su fe, siendo su ichosa como la señor que cons- tona sus aman- a espesura de los ues. en la Providen-



masia para niña. revés, núm. XIX,

casion, pagó su tando conside- encia de un pa- preciables con- do del jóven; y miento propio sin amigos que su cadáver; de- colores, el cual, que su jóven as obras de be- ran por la suer- ante Maria Do- á sus hijos, los



12 años. (Patron: n.º XXIV, fig. 86.)



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.
Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

sa, ya con la b
agita los mare
de una noche
iluminada por
na. Es la pleg
sensaciones, d
za, como brot
plandor de la

MA

Zafra 2 de Abri

41. Espalda de
CORREO anterior
el derecho, n

"Estoy satis
cepto de una fi
tado de excus
que están mu
El hecho es, l
desocupadas
Todas las ob
practican por
comun, sobre
bajo.

Un día ten
muy importa
despachar.
buen sacerdo
bien el person
cion, qué pers
mucho tiempo
cion, podría
negocio. "No
desocupadas
dirigiros, me
cerdote. Los q
da que hacer,
Los que están
en sus bufetes
trias ó en sus



42. Esquina d



51. Puntilla par
tra simpatía.
Tal es mi
trarla. Que
tiempo del h
nas que se m
Uncion en n
taba admira

sa, ya con la belleza de la tempestad que agita los mares, ya con la serena calma de una noche de estío, transparentemente iluminada por los suaves rayos de la luna. Es la plegaria fuente de gratísimas sensaciones, de la cual surge la esperanza, como brota de la rosada nube el resplandor de la aurora.

MARIA ANTONIA G. DE A.

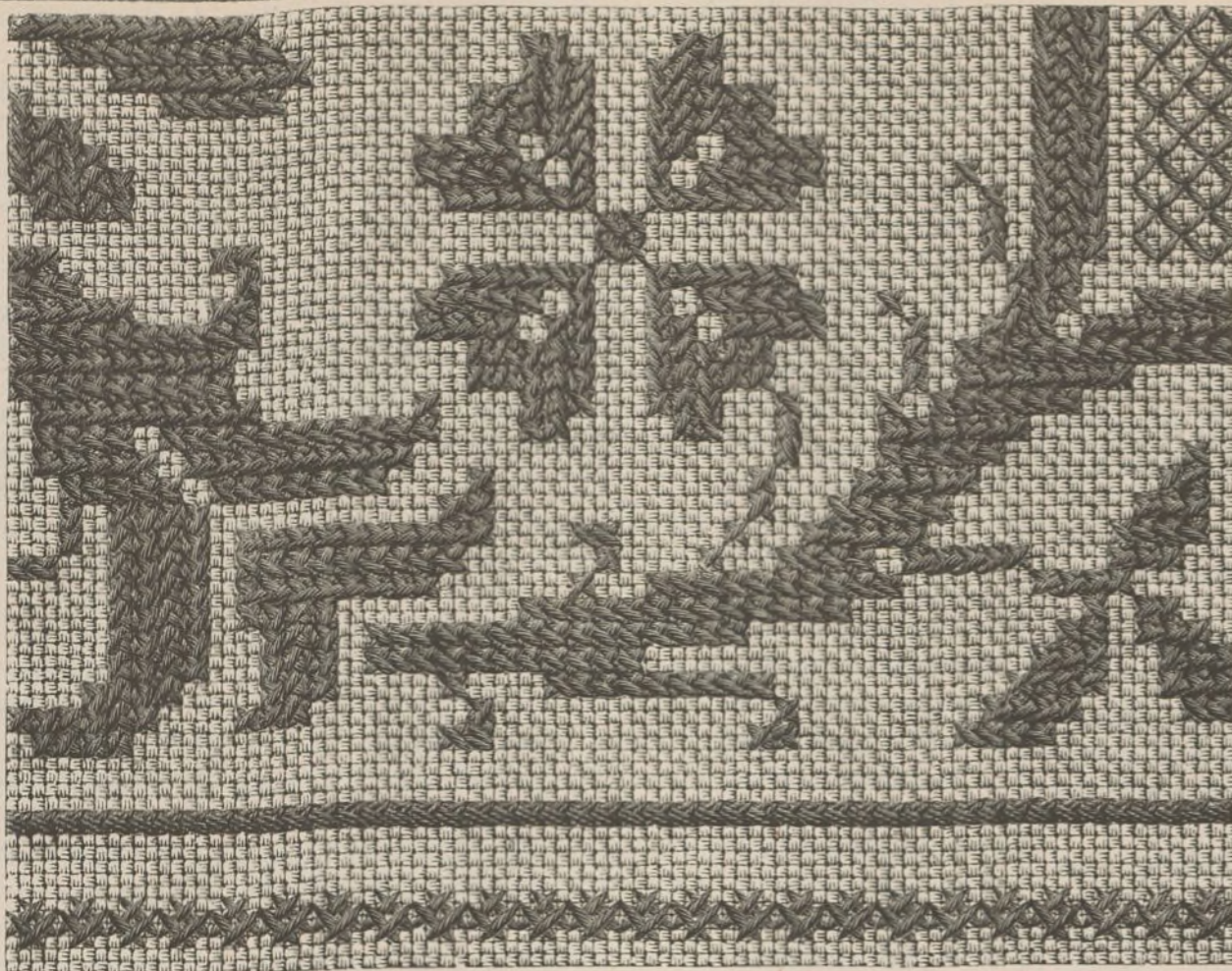
Zafra 2 de Abril de 1878.



41. Espalda de la manteleta núm. 18 del CORREO anterior. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. XII, figs. 43 á 46a.)

"Estoy satisfecho de todo lo que he oído, excepto de una frase del doctor Woodlock; ha tratado de excusar la falta de asiduidad de los que están muy ocupados durante la semana. El hecho es, por el contrario, que las gentes desocupadas no hacen nada. Todas las obras de Dios se practican por hombres, por lo común, sobrecargados de trabajo.

Un día tenía yo un asunto muy importante, que urgía despachar. Pregunté á un buen sacerdote que conocía bien el personal de la población, qué persona, que tuviese mucho tiempo á su disposición, podría ocuparse en mi negocio. "No es á las personas desocupadas á quienes debéis dirigirlos, me respondió el sacerdote. Los que no tienen nada que hacer, no harán nada. Los que están muy ocupados en sus bufetes, en sus industrias ó en sus profesiones, esos



40. Cenefa para el mantel núm. 41.

LAS VIRTUDES DE LOS POBRES.

Del Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paul ha tomado *La Voz de la Caridad*, y tomamos también nosotros, los siguientes párrafos de un discurso, pronunciado en la Junta general de las conferencias de Dublin, por su presidente el canónigo John Gorvan. Dice así:

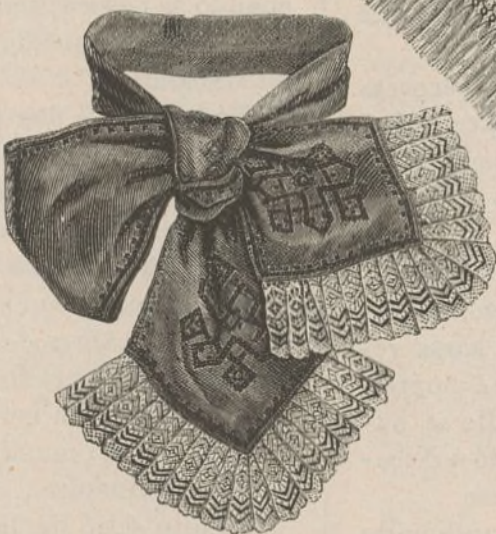
da. Otro gran hecho que me chocó, fué que millares de pobres que se morían de hambre no tocasen la propiedad ajena. Los teólogos están de acuerdo en decir, que en caso de necesidad todo es común, y que no peca un hombre que se muere de hambre al tomar lo necesario para conservar su vida: durante el hambre nada de esto sucedió. Las ove-

jas y los cerdos estaban en la pradera, los bueyes y las vacas pacían: ni uno siquiera fué robado. Esto mismo lo he oído referir á una porción de sacerdotes de Irlanda, y demuestra la extraordinaria virtud de los pobres.

Hay aún otra cosa que he notado en ellos, no solamente ahora, sino en tiempo del hambre, que es su generosidad. A menudo he encontrado pobres gentes que partían su último pan con otro que se encontraba en la misma necesidad que ellos. Cuando yo estaba en Wicklow, había allí mendigando una pobre mujer como de 50 años. Pasando por un camino, vió á un pobrecito niño muy enfermo, que había sido abandonado por su madre; mira al niño, y dice:

—Vaya, le dejaré, otro le recogerá.

Y siguió adelante.



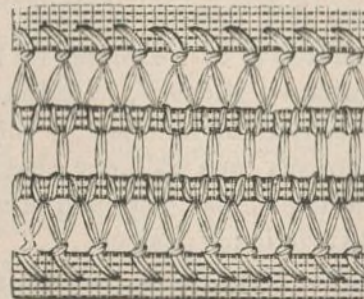
46. Corbata de seda y encaje.



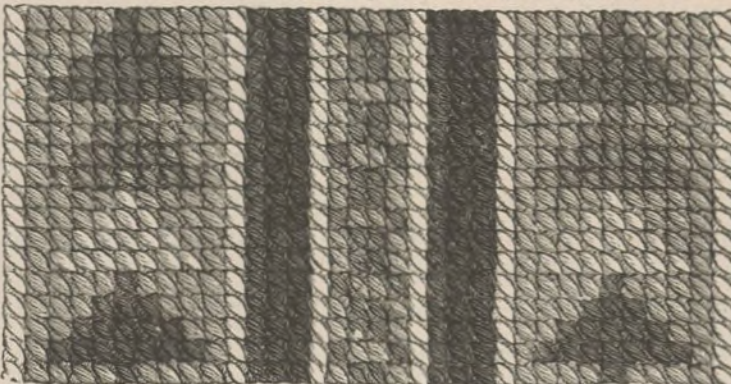
41. Mantel en cañamazo Java para el té. (Véase el núm. 40.)



47. Corbata de gasa y tul. (Véase el núm. 48.)



48. Bordado en gasa para la corbata núm. 47.



49. Tapicería para zapatilla.



50. Tapicería para zapatillas ó almohadones.

dés, de los pobres irlandeses, de su magnanimidad y de su admirable paciencia. Entre los que asistí, no hubo un solo ejemplo de murmuración. Aun entre los que morían con las angustias del hambre, ni una sola queja se elevó; me equivocó, una sola oí, y me bastaron dos ó tres palabras para hacerla cesar; el pobre moribundo elevó su mirada hacia Dios, y le dió gracias por la muerte que se le acercaba bajo la forma del hambre. Este es un gran hecho y un maravilloso elogio de los pobres de Irlanda.



45. Delanteros de la manteleta núm. 18 del CORREO anterior. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. II, figs. 11 A á 11 B.)

ban en la pradera, los bueyes y las vacas pacían: ni uno siquiera fué robado. Esto mismo lo he oído referir á una porción de sacerdotes de Irlanda, y demuestra la extraordinaria virtud de los pobres.

Hay aún otra cosa que he notado en ellos, no solamente ahora, sino en tiempo del hambre, que es su generosidad. A menudo he encontrado pobres gentes que partían su último pan con otro que se encontraba en la misma necesidad que ellos. Cuando yo estaba en Wicklow, había allí mendigando una pobre mujer como de 50 años. Pasando por un camino, vió á un pobrecito niño muy enfermo, que había sido abandonado por su madre; mira al niño, y dice:

—Vaya, le dejaré, otro le recogerá.

Y siguió adelante.



43. Iniciales para el mantel núm. 41.

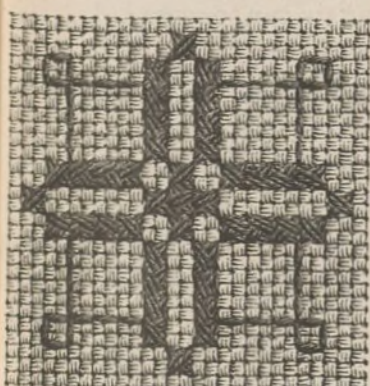


52. Entredós de cinta de encaje y crochet.

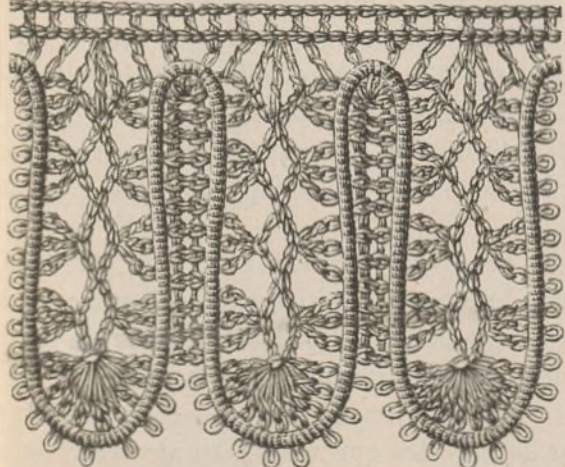
Poco después vuelve atrás: —Dios le ha puesto en mi camino, dice, voy á recogerle.

Lo recogió, en efecto, lo cuidó y lo educó: yo la conocía mucho. La he visto con el niño, que iba á su lado. Llegó el tiempo del hambre: la pobre mujer, mendigando, no encontraba lo bastante para vivir. Se privaba positivamente del alimento indispensable para dar pan al niño. Una mañana de Navidad se la encontraron muerta en su cama y con el niño en los brazos... ¡Oh qué bondad, qué grandeza de alma de los pobres!...

Consagráos al servicio de los pobres, viendo que Dios les ha concedido virtudes tan admirables."



42. Esquina del mantel núm. 41.



51. Puntilla para ropa de niños. Crochet y trencilla.

tra simpatía, nuestra estimación y nuestra asistencia. Tal es mi proposición, y estoy dispuesto á demostrarla. Que los que son viejos, como yo, recuerden el tiempo del hambre. Asistí entonces á millares de personas que se morían de necesidad. Les daba la Extrema Unción en medio de los caminos ó en los bosques, y estaba admirado de la grandeza de alma del pueblo irlandés.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

CAPITULO VIII.

CONSECUENCIAS.

La abnegacion llena el mundo de virtudes, y como un sol fecundante cubre toda la tierra de flores y de frutos.—L.

Aún no se habían sentado á la mesa, cuando un criado vino á anunciar que Eugenio se hallaba indispuerto y permanecía en su aposento.

Genoveva, que estaba pálida y agitada, se sobrecogió dolorosamente al oír esta noticia.

—¡Malo debe sentirse, en efecto, exclamó el banquero, porque su carácter alegre y animado no se deja abatir por leves y pasajeras dolencias. ¡Anoche se retiró sin despedirse siquiera de mí! Voy á ver...

Y se levantó apresuradamente dirigiéndose al aposento de Eugenio.

—¡Me parece que Marte se ha interpuesto entre Vénus y Vulcano! dijo Gámbara á Nicasio en voz no tan baja que dejase de oírlos todos los circunstantes.

Genoveva y Cláudio se pusieron encendidos; Nicolás miró á su hermano con expresion de celosa amargura.

—Es extraño, dijo el señor de Mendoza, volviendo con aire preocupado. ¡Nunca he visto á Eugenio así! ¡O está muy malo ó le afije alguna gran pesadumbre! Tiene el rostro cadavérico, el cabello descompuesto: ¡cualquiera diría que ha llorado! Se empeña en que no se vaya á buscar al médico, pero será preciso...

Cláudio sintió penetrar hasta lo íntimo de su alma, la saeta emponzoñada de los remordimientos.

Nicasio y Gámbara cuchicheaban en voz baja, paseando sus maliciosas miradas de Cláudio á Genoveva.

—Yo opino que es una gran pesadumbre, dijo el segundo en voz alta, porque anoche cuando se retiró estaba muy trastornado. Algo de esto podría decirnos, tal vez, la amable Genoveva, que habló con él un largo rato.

Gámbara no perdonaba á la joven sus indirectas del día anterior, y queria vengarse á todo trance. Gozabase en su martirio, como se gozan los reptiles viendo las palpitaciones de las víctimas inficionadas con su veneno.

La señora, que siempre asía por los cabellos, como vulgarmente se dice, las ocasiones de mortificar á su enemiga, exclamó con énfasis.

—No creo que Genoveva sea causa de su disgusto, porque ¿en dónde podría hallar un esposo más digno de poseerla? Noble, rico, hermoso, honrado, cualquiera mujer se consideraría muy feliz de fijar su atencion y obtener el título de esposa suya.

—Aunque hubiesen tenido algun disgustillo, se apresuró á decir Mendoza acudiendo al socorro de su hija, como sucede siempre entre enamorados, esto no significaría de ningún modo un rompimiento que sería fatal y doloroso para todos.

No se trata de pasajeros y fútiles amorios, se trata de un casamiento acordado y notificado al mundo, y cuando un lazo así se quiebra, se quiebra también con él la honra de las mujeres, tan frágil de suyo y tan propensa á empañarse.

Mi hija es muy juiciosa, incapaz de cometer una ligereza, y agradecería mucho á Vds. todos que no se permitieran chanzas imprudentes sobre este asunto. ¡No es verdad, Genoveva?

Quizás nunca Mendoza había tomado con tanto calor la defensa de su hija, y es que temblaba á la sola idea de ver frustrado aquel enlace en el cual fundaba todas sus esperanzas; pero quizás nunca había tomado su defensa con ménos justicia que en aquel momento, llenando de confusion á Genoveva y torturando el alma de Cláudio de tal modo, que hubiera preferido la muerte á sufrir aquel martirio.

—¡Creo que nadie tiene derecho á pedirme públicas cuentas de mis sentimientos! balbuceó Genoveva tratando en vano de dar firmeza á su voz y energía á sus miradas. Cuando obrase así, tendría poderosos motivos para hacerlo, y sólo á V., padre mio, elegiría por juez de mi conducta.

Por fortuna en aquel instante entró un criado trayendo varias cartas sobre una bandeja dorada, y entregó á cada cual las que le venían dirigidas.

Cláudio recibió una, y la abrió sin darse apenas cuenta de lo que hacía.

La carta era de Virginia y se congratulaba con él por los placeres que estaba disfrutando, únicos que había disfrutado en su vida.

Aunque nada contenía la carta que no fuese grato, la fisonomía de Cláudio revelaba tal angustia y era tan copioso el sudor frío en que se iba inundando su frente, que la señora le preguntó con verdadero interés:

—¿Le dan á V. alguna mala noticia?

La angustia de Cláudio procedía de una idea que acababa de ofrecerse á su imaginacion, idea que encerraba un inmenso y doloroso sacrificio, y su alma luchaba horriblemente ántes de resolverse á ponerla en planta.

La pregunta de Cándida hizo inclinar la balanza hacia el deber.

—¡Sí, tartamudeó con exfuerzo, mi pobre abuela está enferma y nos llama! ¡Es preciso que al instante nos pongamos en camino!

Genoveva se turbó. Nicolás devoró con los ojos á su hermano, como si quisiera penetrar en su alma para asegurarse de la verdad de aquel aserto.

Luego pareció reflexionar y tranquilizarse.

—Dame esa carta, dijo con imperioso tono y ademan resuelto.

Cláudio fijó en el jovencillo una mirada de espanto, y temiéndolo todo de su imprudencia, en vez de darle la carta la escondió en su pecho.

—¡Ah! exclamó Nicolás mirándole á su vez con expresion de orgulloso desafío.

Y luego repuso con singular aplomo:

—Si estos bondadosos señores me lo permiten, me quedaré con ellos hasta que regresen á Madrid.

—Tendremos el mayor placer en ello, respondió el banquero.

Pero Cláudio no le dejó concluir, exclamando fuera de sí:

—¡Gracias! ¡Es imposible! ¡La abuelita está mala! Nicolás es su nieto más querido!... Debe seguirme y me seguirá.

—¡Lo haré si me enseñas esa carta! dijo Nicolás sonriendo con ironía, y con un tono que se parecía mucho á la amenaza.

Y como Cláudio no lo hiciese, repuso:

—Cuando no quieres enseñármela es porque su mal no es tan grave como supones.... Permite, pues, que me aproveche de la bondad de estos señores y que me quede.

Los circunstantes habían asistido con curiosa sorpresa á esta extraña escena. Era evidente que entre ambos hermanos existía un secreto desacuerdo, y que aquella carta que Cláudio ocultaba con tal terror no contenía nada de cuanto había dicho.

Una sospecha cruzó por la mente de Cándida. Recordó la historia que la había contado el travieso adolescente al principio de su llegada, y creyó, con harta verosimilitud, que aquella podía ser una carta de amores.

Y así perseguida por esta idea, apenas Cláudio se hubo levantado para ir á disponer su viaje, llamó á Nicolás que estaba sentado al otro extremo de la mesa.

Mendoza, Gámbara y Nicasio, la habían abandonado ya para pasar al cuarto del enfermo, y sólo permanecía en su puesto Genoveva, que pálida y abatida por tantas y tan encontradas emociones, jugaba distraidamente con los cuchillitos de oro de los postres.

Cándida no había dirigido la palabra á Nicolás desde que éste se había permitido hacer su caricatura; pero la curiosidad y los celos ahogaron sus rencores.

—¿Cómo es eso? le dijo. ¿Su abuelita querida se halla enferma, y se resiste V. á ir á verla? Esto no parece que habla mucho en favor de sus buenos sentimientos. ¿O es que no cree V., como yo, que esa carta diga lo que él afirma? ¿Será, tal vez, de aquella jovencilla de ojos y cabello negro, de quien me habló V. un día? ¿de aquella joven con quien debe casarse?

Nicolás había fraguado aquella historia por mero pasatiempo y con el solo objeto de hacer rabiar á Cándida, como él decía; pero en el terreno de la verdad, no cabía en él sostener una falsía.

Por lo tanto iba á responder desmintiendo su anterior aserto, cuando por desgracia vió que Genoveva fijaba los ojos en él con una ansiedad indecible. Los labios de Genoveva no se habían desplegado; pero su alma entera se había reconcentrado en sus ojos para formular la pregunta de la cual dependía su dicha.

Nicolás experimentó un vértigo, una oleada de sangre cubrió su corazón, y sus labios, en vez de pronunciar el no dictado por su conciencia, pronunciaron un sí claro y sonoro.

Genoveva dejó escapar un ¡ay! desgarrador, y ocultó la cabeza entre sus manos. Cándida se entregó á los arrebatos de su colérico despecho.

—¡El hipócrita! exclamó fuera de sí; fingir que su abuela está mala, engañarnos con falsas alarmas! que se vaya en hora mala, que se vaya! ¡Pero quién es esa mujer?

¿hace muchos años que la conoce? ¡piensa efectivamente casarse con ella? ¡Hipócrita! Malvado!

—Pero señora, exclamó Nicolás con punzante ironía mirando de hito en hito á la desolada Genoveva, ¿acaso la madre de Cláudio para pedirle cuentas de sus sentimientos? ¿No es libre Cláudio de amar á quien le parezca?

Genoveva se levantó incapaz de sobrellevar aquel tormento; se sentía morir; tenía necesidad de desahogarse con lágrimas y con quejas. ¡Cláudio amaba á otra! ¡Acababa de sacrificarle su porvenir, y él, ingrato, amaba á otra! ¿Qué le habían dicho, pues, sus suspiros, miradas, sus sonrisas? ¡Mentiras; todo mentira!

Y si Cláudio mentía, ¿en dónde hallar la veracidad sobre la tierra?

Genoveva se levantó tambaleándose, corrió al jardín, se sentó en un bosquecillo apartado, y prorumpió en sollozos.

Dos horas despues, Cláudio, en traje de viaje fue á buscar del banquero para despedirse de él.

Hallábase éste en su despacho, sentado con ademán meditabundo delante de su escritorio.

—¡Se vá V. cuando más falta me hace! exclamó al ver á Cláudio. Nada me atrevo á decirle, porque reconozco que el motivo de su viaje es sobrado justo.

—¿Y en qué hubiera podido á V. complacerle? preguntó tímidamente el joven.

—Hombre, veo que Genoveva hace mucho caso de cuanto V. la dice, y á la verdad, me encuentro en un laberinto sin salida. Aquí no puedo fiarme de nadie. Su posición es tan excepcional, que acaso ni V. pueda comprenderme. Cuantas personas me rodean desagradan á mi hija, y también me desagradan á mí. Dirá V. por qué las admito en mi intimidad. Es porque agobian á otra persona á la cual debo miramientos. En fin, esto no es del caso. Me agobia una gran desgracia. Eugenio ha retirado su palabra y estoy seguro de que le he obligado á ello Genoveva. ¿Por qué? ¿Lo ignoro! ¿Será que tenga algun devaneo? ¡La juventud es tan loca! ¡Jamás mira las cosas de la vida por su lado positivo! ¡Obedece á una fascinación del momento, y luego no le basta su existencia para deplorar su extravío! ¿En dónde halla un esposo como Eugenio? Está acostumbrada al fausto á la riqueza, y estos bienes que parecen insignificantes cuando se poseen, son, sin embargo, el torcedor del alma si llegan á perderse! Además, ¿qué dirá el mundo de este escándalo?

—Ya ha oído V. los malignos propósitos de hace poco. Desdeñada ó desdeñosa, todos se volverán contra ella así que lo sepan. Y en efecto, es una gran locura de la que no tardará en arrepentirse, ¡Dios quiera que no se arrepienta demasiado tarde! Yo no puedo hacerla reflexionar porque me cree, con harta justicia, su enemigo. Por Dios, búsquela V. ántes de irse, y háblela V. al alma, V. que es juicioso y honrado. Pintela V. mi dolor, el dolor de pobre Eugenio, su brillante porvenir destruido, las murmuraciones del mundo... Vaya V., Cláudio, vaya V. que Dios le inspire...

Cláudio salió de la estancia entregado á un vértigo espantoso. Tuvo que andar tanteando las paredes como si estuviese ebrio. La alegría y el dolor se disputaban su alma, impotente para sufrir tan encontradas emociones.

La antecámara estaba desierta y se dejó caer sobre una banqueta, murmurando con voz ahogada:

—¿Será posible que me ame! ¡A mí, Dios mio, á mí! Pero quién soy yo? ¿Qué puedo ofrecerle yo en cambio de su cariño? ¡Soy pobre y ella está acostumbrada á fausto y á la riqueza! ¡Y si mañana la viese meditabunda, llorosa, arrepentida...! ¡Y si obedeciese á una fascinación del momento y mañana fuese desgraciada!

¡Oh, eso no, eso nunca! ¡Antes perezca yo mil veces que ella sufra por mi causa la más leve pesadumbre!

¡Y el dolor de su padre, que me ha tendido una mano generosa, y el dolor de Eugenio que me ha sacado de la oscuridad en que vejetaba? ¿Puede dar Dios la felicidad al que falta á las leyes de la gratitud y la hidalguía?

¡Pero perder á Genoveva! ¡renunciar á Genoveva, que me ama! ¡Oh, Dios mio, Dios mio, qué horrible conflicto es este!

El cuarto de hora que el joven pasó allí, luchando consigo mismo, hubiera podido servir de espiación, al que hubiese consagrado al mal todas las horas de su vida: tan violenta, tan desgarradora fué la lucha.

Pero al fin triunfó, y los ángeles debieron tejer en el cielo la corona de laureles que ciñen allí al volver de su triste peregrinación los mártires de la tierra!

Dirigióse con paso firme en busca de Genoveva, y la halló en el jardín, sentada en el mismo bosquecillo donde había corrido á desahogar su pena.

Al ver á Cláudio, Genoveva soltó un grito y se enjugó prontamente las lágrimas que inundaban sus mejillas.

Cláudio, aunque con trémula voz, la dirigió un largo

piensa efectivamente! con punzante ironía Genoveva, le dirle cuentas de amar á quien

obrellevar aquel idad de desahogar. Cláudio amaba á r, y él, ingrato, a nes, sus suspiros, e do mentira!

hallar la veraci ose, corrió al jard lo, y prorumpió traaje de viaje fu de él.

sentado con adem io. hace! exclamó al le, porque recono lo justo. omplacerle? pengu

ace mucho caso e encuentro en nfiarme de nadie. so ni V. pueda co rodean desagrad

á mí. Dirá V. q ad. Es porque ag iramientos. En ran desgracia. Eng seguro de que le

Lo ignoro! ¿Será es tan loco! ¡Jam o positivo! ¡Obed

luego no le basta o! ¿En dónde halla umbrada al faust

ecen insignifican e, el torcedor del qué dirá el mundo

ósitos de hace po volverán contra el gran locura de la qu

quiera que no se ar o hacerla reflexio i enemigo. Por D

V. al alma, V. q i dolor, el dolor destruido, las mu

Cláudio, vaya V. regado á un vérti

lo las paredes co dolor se disputab encontradas em

y se dejó caer sol ahogada:

ní, Dios mío, á m cerla yo en cambi á acostumbra

a viese meditabue deciese á una fast

desgraciada! Nada parecía haber alterado la suerte de los persona

eresza yo mil vez e pesadumbre! tendido una man

me ha sacado de la ar Dios la felicidad y la hidalguía

ar á Genoveva, q e horrible confli

asó allí, luchand vir de espacion, las horas de su v

ió la lucha. debieron tejer en allí al volver de a tierra!

de Genoveva, y la mismo bosquecillo a pena.

in grito y se enja bían sus mejillas la dirigió un largo

razonamiento, encaminado á demostrarle la conveniencia de que reanudase sus relaciones con Eugenio. ¿En dónde halló lucidez, en dónde halló fuerzas para pronunciar aquel discurso?

Genoveva por su parte le escuchaba en silencio y sin levantar los ojos del suelo.

Algunas horas antes hubiera tenido muchas cosas que responderle: le hubiera dicho que prefería las galas de un amor correspondido al fausto y á la riqueza; le hubiera dicho que prefería los ecos de la voz amada á los acordes bulliciosos de la música del baile; que prefería espejarse en unos ojos resplandecientes de amor, á espejarse en cristales de Venecia; que prefería los paseos solitarios con el elegido de su alma y las dulzuras de la vida íntima, á las fiestas del mundo que aturden y no satisfacen. Pero ¿qué podía decirle entonces? ¡Cláudio amaba á otra, consagraba á otra las palpitaciones de su corazón, las ideas de su mente! ¡Aquel sueño de felicidad tranquila se había desvanecido repentinamente delante de sus ojos! ¡otra llenaría las páginas de aquella bellísima novela que ella se había forjado, otra libaría la copa henchida de néctar que ella anhelaba aplicar á sus labios sedientos de cariño!

Levantóse serena y fría en apariencia, y contestó á Cláudio con breve tono que no admitía réplica:

—Vamos adentro: este es un asunto que debemos ventilar mi padre y yo, y le obedeceré si no le satisfacen mis razones.

Al decir esto echó á andar delante. Tenía una voluntad enérgica, y sabía dominarse hasta lo infinito.

Su paso era firme, su ademán tranquilo.

—¡Ah, pensaba Cláudio siguiéndola; ¡necio de mí, que he podido pensar un sólo punto en ser amado! ¡Ah! que ella sea dichosa, que sean dichosos mis nobles favorecedores! ¡Nada más te pido, Dios mío!

Al abandonar pocos instantes despues aquella casa en donde había sido tan dichoso, no halló á nadie que le tendiese la mano en señal de cariñosas despedida.

Nicolás se había ocultado para no verse obligado á partir; Cándida y Genoveva se habían retirado cada una á su habitación, despechada la primera, agobiada de dolor la segunda; Eugenio y el banquero permanecían en las suyas, y Nicasio y Gámbara se hallaban en Santander, en donde solían ir todas las tardes.

El mártir de la abnegación y la lealtad, que acababa de inmolarse á sí mismo para no turbar la ventura ajena, no obtuvo en recompensa de su sacrificio ni una palabra de gratitud ni una mirada de consuelo!

¡Partió solo!

¡Únicamente podrían comprender cuán triste sería su viaje, los que hayan vislumbrado su dicha y la hayan perdido para siempre!

CAPITULO IX.

EL SACRIFICIO.

Más fácil sería contar las arenas del mar y las estrellas del cielo, que los grados de sufrimiento que puede soportar el corazón humano.—Solís.

Habían pasado tres meses desde los últimos sucesos, y en la vida ordinaria, mi bondadosa amiga, tres meses con un soplo que no cambian en nada la existencia. El único cambio consistía en que á la tibia brisa del otoño había sucedido el helado vendabal, en que los días eran más cortos, el cielo enlutado, los árboles sin hojas, y los ricos insultaban con sus espléndidos festines la miseria del pobre, que pedía una limosna por amor de Dios junto á una esquina ó gemía tiritando de frío en su misera boardilla.

Nada parecía haber alterado la suerte de los personajes de nuestra historia: las mismas ocupaciones, los mismos placeres: nada había cambiado; pero así como la tranquila superficie de un lago no revela el cenagoso limo que reposa en su fondo, del mismo modo aquella calma aparente encubría tormentosas luchas del alma y amargos sinsabores.

Aunque Genoveva creyese amar sin ser correspondida, amar sin esperanza, supuesto que el corazón de Cláudio pertenecía á otra, era demasiado honrada y leal para acompañar á Eugenio al ara de himeneo y pronunciar á la faz de Dios y de los hombres un falso juramento. Estimaba á Eugenio, pero no le amaba como debe amar la mujer al hombre para ser la carne de su carne, la vida de su vida, el alma de su alma.

Desde el momento en que vislumbró el verdadero amor, desde el momento en que comprendió que no era amor lo que profesaba á su futuro esposo, creyó que hubiera sido desleal y pérfido unir su suerte á la suya para darle sin reserva, vida, alma y pensamiento.

Habló á su padre con noble franqueza, aunque le ocultó que amaba, y el nombre de la persona á quien ama-

ba; y si bien su padre era egoísta y positivo en la vida práctica, no desconocía los dignos y levantados sentimientos.

Su disgusto fué profundo; pero no tanto que le moviese á atentar contra el libre albedrío de su hija.

No así la señora, que cifraba su última esperanza en aquel casamiento, y no podía conformarse con la idea de perderla.

Adivinando como mujer que era, quasi Genoveva rompía su enlace con Eugenio sería porque amase á otro, quiso descubrir quién era ese otro, y haciendo lo que no había querido hacer el banquero, rodeó á la joven de una vigilancia tan exquisita, puso tales trabas á sus deseos, llegando hasta el punto de despedir á la doncella, que la infeliz se vió casi prisionera y separada de los que eran sus únicos consuelos, los pobrecitos á quienes miraba como hermanos.

Proponíase además con estas mortificaciones incesantes, obligarla á reanudar los rotos lazos, aunque no fuese más que por sustraerse á su yugo; pero Genoveva era incapaz de doblegarse á cometer un crimen, porque tal consideraba el dar á un hombre su mano sin el corazón, por buscar alivio á sus propias amarguras.

Y no era que de buena fe no trabajase por arrancar de su alma aquel amor insensato, no era porque no procurase reconcentrar en Eugenio todos sus afectos; pero le bastaba ver á Cláudio, le bastaba oír el eco de su voz, para que sus esfuerzos quedasen anonadados.

—¿Qué magia es esta? pensaba á veces; ¿qué poder es este que á mi pesar me subyuga? ¡No ama á otra? ¡No piensa consagrar su vida á otra? ¡Por qué le amo? ¡Que es lo que espero de este loco amor? ¡Lágrimas y penas! ¡Ah, cuán débil, cuán miserable soy, pues, no sé vencerme!

¡En vano fujo estar helada en su presencia! ¡En vano procuro tratarle con indiferente desvío! ¡Le amo! Veo su imagen retratada en todos los objetos de la naturaleza, oigo su voz en todas las armonías del universo! ¡Infeliz de mí! ¡desventurada de mí! ¡Le amo! ¡por qué le amo?

Y la triste joven destrozada por esta secreta lucha, pedía en vano á las fiestas tumultuosas del mundo el olvido de sus penas.

En cuanto á Eugenio, persuadido de que él era el sólo culpable de la cruel determinación tomada por Genoveva, persuadido de que su anterior lijereza, su tibieza anterior, habían sido causa de que la joven herida justamente en su corazón y en su orgullo, rompiese aquellos lazos en los que él cifraba toda su esperanza de ventura, si bien había cumplido como caballero devolviéndola su palabra de casamiento, no perdía la esperanza de reducirla como amante á variar de opinión y á aceptar el título de su esposa.

Continuaba frecuentando la casa como amigo, porque así lo había solicitado, y aunque jamás salía de sus labios la palabra amor, rodeaba á la joven de tal ternura, de tan delicadas atenciones, que bien se veía que deseaba hacerse perdonar su pasada conducta y que la esperanza no había muerto en su pecho.

Pero tenía un enemigo poderoso é invencible.

Nicolás, con la fuerza perseverante de su carácter había sabido imponerse de tal modo á la familia del banquero, subyugando á todos sus individuos por medio de los halagos ó el imperio, que cuando regresaron del campo, en vez de ir á habitar á su casa se instaló en el palacio de sus protectores.

El banquero, no sólo se hizo cargo de él con sumo gusto, contando por supuesto con el beneplácito de la señora, sino que le tomó maestros de todas clases y en particular uno de pintura, á cuyo arte demostraba, como sabemos, suma afición el jovencillo.

No le disgustaba este arreglo á Cándida, tanto porque el astuto Nicolás se consagraba exclusivamente á adularla y á complacerla, como porque, sospechando que amaba á Genoveva, se halagaba con la esperanza de que se casara con él, si no podía reanudar las rotas relaciones con Eugenio. El caso era que se casara pronto, fuese con quien fuese.

Iba más allá su prevision: sabiendo que el mundo nada respeta, que nada perdona, habiendo sabido las murmuraciones de Gámbara y Nicasio, se lisonjaba con la idea de que habitando Nicolás bajo el mismo techo que Genoveva, acompañándola asiduamente al paseo y al teatro, esta vería comprometida su honra y precisada con el tiempo á aceptar por fuerza un enlace que quizás no hubiera aceptado de buen grado. Y así instigando á Mendoza, intrigando con unos y con otros, aunque por propio interés, servía de poderoso auxiliar al altivo joven y conducía á feliz término sus descabellados planes.

(Se continuará.)

ECONOMIA DOMESTICA.

Varias señoras me preguntan el modo de preparar su casa de campo, para que ofrezca un conjunto modesto y elegante al mismo tiempo. A las que la tengan ya amueblada solo las diré, que pueden conseguirlo aumentando algunos jarrones de flores y algunos cortinajes; á las que se dispongan á hacerlo, las transmitiré las últimas prescripciones de la moda relativas á este asunto. Empezaremos por el vestíbulo cuyas paredes deben estar estucadas, constituyendo su adorno grandes cortinones de cutí listado blanco y grosella ó blanco y azul. Si hay ventanas, delante de cada una una copa suspendida con plantas enredaderas, y en el centro un farol de cristal de color ó esmerilado, sofá y sillas de junco.

Al pie de la escalera, y en el primer tramo, jarrones de loza con plantas de moda: esto es, ramaje sin flores.

Debiendo presidir la sencillez, tan en armonía con la naturaleza, al mueblaje de una casa de recreo, el decorado de la sala consistirá en papel blanco ó cuando más con algún filete de color, y sillería con gran sofá cubiertos con fundas de persa fondo blanco y flores del color del filite, ó ramos rosa, azul ó verde, siendo las cortinas, portieres y lambrequines de la misma tela. Si hay chimenea, sobre ella, espejo, reloj de mármol blanco, candelabros y jarrones. En el centro de la habitación, una mesa ó velador con álbums, estampas, libros y flores. Las flores deben constituir el adorno principal, y por lo tanto se pondrán macetas delante de los balcones y ventanas y en cuantos sitios sea posible colocarlas.

Los dormitorios deben ofrecer un conjunto cómodo y elegante al mismo tiempo.

El de la señora estará decorado con papel rosa y blanco. Cama y cómoda *toilette* de caoba, sillas y butacas mecedoras con asientos de rejilla y sillones de tapicería. Las colgaduras de la cama, las de la mesita-tocador y las cortinas del balcón, de persa blanco y rosa, lo mismo que la colcha. Escritorio pequeño. Sobre la chimenea espejo, candeleros y joyero de cristal.

El de la señorita, decorado con papel azul y blanco, ó blanco solo, tendrá en este último caso cortinajes de muselina blanca, guarnecidas de puntillas, y en el primero de persa listada blanca y azul, ó solo azul, siendo los otros muebles los mismos, aunque tan sencillos como sea posible.

Los dormitorios para los caballeros deben ofrecer un aspecto más sério, siendo las colgaduras, cortinas y lambrequines de persa gusto oriental ó turco, y lo mismo el papel de las paredes. Cómoda *toilette* de caoba, sillas y butacas de rejilla, aunque si se destina á una persona mayor, debe ponerse también algunos sillones forrados de persa ó gutapercha oscura; biblioteca de caoba, mesa cuadrada con tapete bordado á listas turcas. Si hay chimenea, encima de ella reloj y candelabros de cobre.

El comedor debe estar empapelado color madera, y decorado con portiers y cortinas de fondo también madera con grandes ramos. La mesa, el aparador y las sillas con molduras de bambú, y estas últimas con asientos de rejilla.

En cuanto al aposento que se llama de *los amigos*, esto es, el que se destina para recibir á un huésped, caballero ó señora, que llega de improviso, debe estar amueblado con más lujo.

El papel, fondo gris con ramos de colores vivos, guarda armonía con el persa que forma las colgaduras, cortinajes y lambrequines. Sillas y butacas cubiertas de reps encarnado, verde ó azul, según sea el color dominante de los ramos de la tela persa.

Cómoda *toilette* de caoba, armario de espejo con percha. Mesa con escritorio. En la chimenea reloj, candeleros, copas, acerico y cuantos objetos puedan ser indispensables á la comodidad de la persona alojada.

Hasta ahora no hemos tratado más que del decorado de las piezas principales. Si hay sala de juego, ésta debe tener cortinas y portiers verdes, mesa grande de billar en el centro, mesas para tresillo y sillas y sofás de rejilla.

Los demás aposentos secundarios deben ostentar el lujo inapreciable del arreglo y la limpieza, verdadero lujo que honra á un ama de casa, y del cual debe mostrarse más orgullosa.

No olvidemos que en el campo se vive con mayor franqueza que en las ciudades; que las visitas se hacen á todas horas; que á todas horas pueden invadir nuestra casa las alegres turbas de los desocupados, y que hay que estar siempre prevenidos para recibirlos de un modo conveniente, y no ofrecer á sus ojos un cuadro desordenado y repulsivo.

EMILIA.

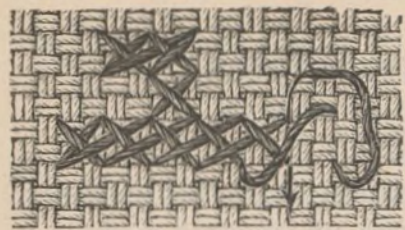
CORRESPONDENCIA.

Cristina y Antonia.—Quería haberlas escrito particularmente para decirles cuánto las amo y cuán sensible soy á sus afectuosas demostraciones. No me ha sido posible. Ya habrán visto impreso uno de los bellos trabajos de la inspirada escritora. La leyenda en verso es demasiado larga, y por esta sola razón será imposible darle cabida en las páginas de EL CORREO. Puede Vd. llevar la túnica azul con falda negra ó de otro color oscuro que haga juego, guarneciéndola con plisés ó puntillas blancas que se llevan mucho, ó combinándola, si le hace falta, con plaston de seda brochada de color claro y adornos de lo mismo.

Junto á mis flores.—El modo de conservar las labores de tapicería es muy sencillo. Se ponen en dos cuartillos de agua de coluquintina, 12 gramos de goma tragacanto y se pone á cocer todo por espacio de media hora.

Terminada ya la tapicería, se la extiende encima de una mesa cubierta con un paño limpio, y con el auxilio de un pincel mojado en el cocimiento que acabamos de indicar, se humedece por el revés. De este modo, al par que cobra alguna tersura se preserva de la polilla.

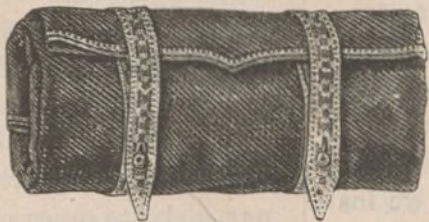
Jacinta.—Tan bello como la flor simbólica de su nombre debe ser su corazón. Mil gracias por sus elogios. Se le ha enviado *La gota de agua* y *El primer año de matrimonio*.



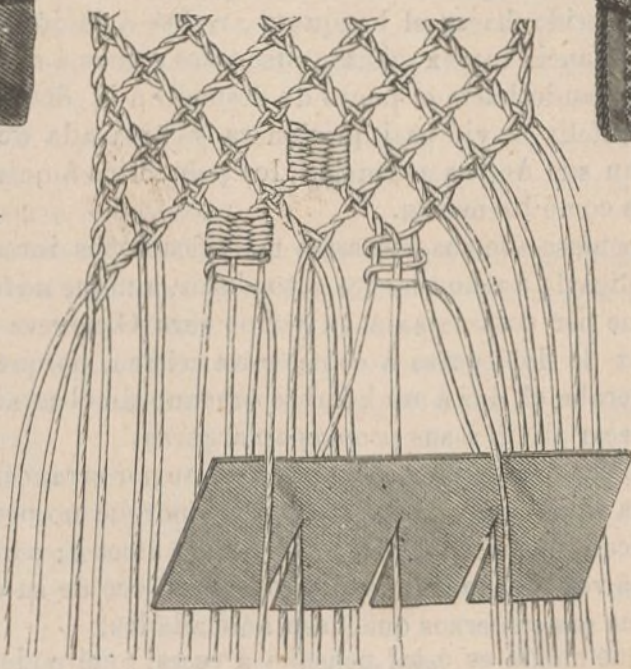
53. Punto de cruz para el mantel núm. 41



55. Neceser de costura. (Véase el núm. 56.) (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. IX, figs. 33 á 36.)



56. Neceser de costura. (Véase el núm. 55.) (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. IX, figs. 33 á 36.)



58. Dibujo para el encaje núm. 59.



57. Bolsa para el calzado.

cinturon que entra en unos ojales para pasarlo por debajo los brazos como los antiguos Metternichs. Por delante prolonga en largos paños manteleta con solapas, las cuales se reproducen bordadas en el bajo de las mangas. Cuadrado bordado de oro verde y plata lo mismo que el cinturón y el fleco que termina la confección.

Sombrero de paja negra, orillado de perlas finas y flequillo de oro, y adornado de cintas de raso de dos caras punzó, oro oxidado y miosotis.

LA CREMACION DE LOS CADÁVERES.

No se alarmen nuestras amables lectoras: con el anterior título acaba de publicar el conocido arquitecto y escritor D. Miguel Martínez Ginesta, una enérgica impugnación contra la novedad de quemar á los cadáveres, según se va haciendo en el extranjero, metiéndolos en un horno que los reduce á cenizas en media hora. Todas las madres de familia deben leer sin prevención de ningún género, este interesante libro del Sr. Ginesta, pues trata el asunto en forma tan amena é instructiva, que hasta las niñas pueden enterarse de lo horrible que sería abrasarlas para colocarlas en la urna cineraria. Se venden en todas las librerías y en la Administración de nuestro periódico pueden adquirirle nuestras suscriptoras mediante el pago de una peseta.



60. Vestido con túnica. (Véase el núm. 61.) (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XXVI, fig. 88.)

Explicacion del figurin 1318.

FIG. 1.^a Traje de verano.—Es de granadina negra el vestido, guarnecido con encaje Mercedes; esto es, bordado con seda de muchos colores sobre tul negro y es imposible imaginar el lindo efecto que produce. El delantero del vestido va cubierto de un volante plisé, un órden de encaje, dos bullones anchos y un plaston de jaretitas orillado de un plisé. Los paños de atrás llevan anchos volantes.



61. Delantero del vestido núm. 60. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XXVI, fig. 88.)

59. Encaje de pañuelos para pañuelo. (Véase el núm. 58.) (Dibujo: pliego del 18 por el derecho, figs. 40 á 42 a.)



62. Cenefa para sillerías, y otros óvestidos de verano.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1.318.

Editor propietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet 7.

Administración: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Núm.

UMAR
tido para
—Trajes
princesa
para seño
Cofias de

Si todo
despedim
tras susci
tar los p
brisas de
peño las
que les
Exposici
todas las
persona
mirar y
forme va
tos de a
ciales q
atavio d
modidad
hogar, de
que está
nuestro
remos á
lectoras;
dia, no
marlas á
ojos, em
el vestid
la Expos
tuna, y
cen cort
dos, con
con sola
con cin
ciosa qu
leyes ha
contrad
sencillo
excursi
cuestior
mento.
cal, de
están he
ó teatro
ron y fa
po le fo
ron ó b
que se c
bres, co
rinero,
No ol
brocha
puesto
sitas, l
perder
y los
una fal
telas co
de la n
len hac
escote
gasa qu
cuello,
se en c
lo, po
gasa b
bullon
telas y
(rizad
vedad
recogi
estos l
rizado